

Félix Armando Núñez

El día de la Universidad (1)



E aquella forja sin paralelo que fué la voluntad sobrehumana de don Pedro de Valdivia surgió la ciudad de Concepción del Nuevo Extremo; de aquella cabeza mitológica de donde nacían, nuevas Minervas, las flamantes urbes armadas con la fe en su raza y en su Dios; y se diría al penetrar en las vicisitudes y contingencias de su convulsa historia que la llama encendida en el pecho del más valiente y austero de los conquistadores se hubiera infiltrado—cual primitivo numen titular—en la piedra materna para calcinarla desde afuera, como la quebranta y sacude desde adentro a intervalos seculares, con frenéticos desahogos de monstruo mal domado, el fuego plutónico. Y así, bajo un signo de pujanza ciclópea, se asentó la heroica villa sobre un terruño de trágica entraña y dulce sonrisa bucólica: favorecida por un clima de oro, que fuera envidia de la Costa Azul, entre un mar y un cielo que en las

(1) Discurso pronunciado en el acto solemne en homenaje al aniversario de la fundación de la Universidad de Concepción.

pausas de esa «inmensa costumbre de lluvias» que es el invierno, se exalta con los tonos violentos del trópico: cabe dos ríos desiguales: uno veleidoso, que ora abrevia sus linfas como un arroyo de égloga, ora rompe sus orillas amenazantes como látigo de domador, y otro, caudaloso de ancha lámina dormida que no tiene otro destino sino copiar de día los cambiantes matices que esmaltan un firmamento de primores y de noche el insomne latir de las estrellas. Plegada a la ribera marina quedó como un ceño colérico contra la selva y las acechanzas del indio indómito, y como un arco tenso vivió las centurias de la Colonia. El vasco tenaz y sobrio, el andaluz jocundo y pródigo, el osado y seco extremeño mezclaron su sangre con las épicas tribus vernáculas.

Pausas ha tenido esta historia de Concepción, que no sueños; cortos descansos en la fatiga, que no el banquete tras la morosa cosecha; treguas breves en el combate, que no la orgía consecuente del botín. Su sino le impone invariablemente una lacónica disciplina del carácter. El espanto la sacude intermitente con su gélida ceniza como cuando un día, apenas fabricada de transitorios materiales discurre por sus calles embrionarias la noticia de que Valdivia y su tropa han sido ultimados en la refriega donde el mapuche, semeando la hidra de siete cabezas, agotó la resistencia española en una imprevista táctica de cargas emboscadas y sucesivas: como cuando sus audaces habitantes primitivos pávidamente la abandonan y entregan a ese Aníbal

de las selvas que la gloria llamó Lautaro, un montón de desiertas moradas para la avidez de las llamas como cuando la vecindad de los piratas le turba el sueño, y presintiendo en la sombra el helado relámpago de ominosos cuchillos cunde el grito agorero de «llegó Scharpa a Penco» como cuando al remezón del primer terremoto el mar desata sus legiones de nocturnos demonios y la obliga a retroceder algunos kilómetros hasta su actual emplazamiento, donde reposa protegida por un brazo del monte.

Y sin cesar el peligro sigue aguzándole la percepción y activando la elasticidad de su querer. La perenne rebeldía del indio en los bosques le agiganta la bélica pericia y modela la cuadrada macizez de sus varones, como que la región es el verdadero yunque militar y el horno de las estirpes que en ella se miden y amalgaman para una aleación incomparable de tesón y fortaleza, y lanzará después del modo más natural a la gesta de la emancipación y la guerra del Pacífico aquellos soldados de sólida corpulencia y elástico andar que, de infantes incansables por el desierto o de nerviosos centauros, armonizando por ingénita elegancia con los caballos más famosos del Continente, aparecen en las ciudades y aldeas asombradas y sumisas con el dinámico relieve de un vasto y palpitante friso mitológico. Para ellos fuera escaso el delirio dorado del panegírico y el llanto purificador que nos llena cuando en la alta noche en tanto las estrellas con signos misteriosos nos invitan a la justicia perfecta, fren-

te al monumento a Baquedano en Santiago que resiste la proporción de la mole andina sobre la cual proyecta su enorme perspectiva, sorprendemos al costado de la base frontero a la cordillera, tal un fiel centinela solitario, la estatua del soldado raso «del rotito» de uniforme del héroe anónimo en que se ha cimentado la grandeza y la prosperidad de Chile, el sufrido obrero a quien su hombría desmesurada lo lleva a despreciar con irónica sonrisa la cosecha de su brazo contraído en el trabajo más para la gimnasia de una musculatura briosa que para acumular bienes de fortuna, que no codicia. Porque el día de mañana es capaz de dormir impunemente a la interperie y curtirse el pellejo al sol, la lluvia y las heladas, y privarse de comer y beber. ¡Y eso es de hombres! Y no es dable pensar en el varón del pueblo sin asociarle en dramático contrapunto con la humilde y maravillosa mujer chilena, de lozanas formas, ondulante silueta y corazón de llamas; representación acabada de la energía conservadora del hogar, de la inteligencia previsoras que economiza lo que puede, de la actitud inmolada del sumo amor que defiende del rigor de la justicia a su hombre después de haberlo delatado ella misma en un desfallecido instante en que no supo «morir callada». Y por sobre esta innominada muchedumbre alientan los espaldudos «guasos» de anchos torsos y formidable catadura, incomparables jinetes, verdaderos señores de la gente campesina y garantía segura de las instituciones democráticas, porque su número y potente condición les ha

impedido dominar el uno a los otros a guisa de tiranos. Esta es la gleba de la tierra de donde aspira a sacar una flor suprema nuestro espíritu.

Y viene la guerra de la Independencia. Y la ciudad, teatro de una contienda secular en que aquellas dos razas se superaron en grandeza heroica y se fundieron en granítico bloque de carácter había cobrado demasiada personalidad propia para no aspirar a la emancipación política de la América. En ella Martínez de Rozas alimentó tenazmente durante veinte años el sagrado fuego que habían encendido los filósofos de la Enciclopedia en todos los ámbitos del hemisferio; y la hizo compartir con Santiago el señorío de los nuevos destinos del país. Desde este momento le corresponde una contribución intelectual a la vida colectiva que no perderá más. Una tradición de estudio y refinamiento la vuelve respetable, y Santiago o pone los ojos atentos a la iniciativa penquista o espera con inquietud la confirmación o rechazo de lo que ella misma decide por parte de la ciudad del Biobío.

Clareó, pues, el alba de la patria con resplandores de Concepción y muchos años vivió fresco en la fantasía popular aquel ademán con que Martínez de Rozas, árbitro espiritual del país, una vez organizada la primera Junta de Gobierno, rubricando mediante una decisión de hierro su actividad de cultísimo pensador y político astuto, marchó gallardamente a Santiago, con una escolta formada por soldados de la guarnición penquista, aguerrida en el epílogo de la epopeya arau-

cana y cinco veces superior a la que allá velaba el monástico sueño del coloniaje, en una marcha bizarra que más que un movimiento destinado a consolidar las instituciones recientes parecía una victoriosa procesión de héroes. Y el entusiasmo del pueblo capitalino se adelantaba hasta las aldeas vecinas para salir al encuentro de aquella mesnada que caldeaba los corazones con la roja sinfonía de los excelsos clarines. «Concepción—apunta Vicuña Mackenna—había sido hasta entonces la verdadera capital política de la Colonia, porque allí estaba radicado su ejército, su «situado» que era el tesoro, su orgullo por último que aun no se extingue por completo de ciudad a ciudad».

Con el correr de los años de la República, Concepción prospera merced a la agricultura, y luego desde mediados de la centuria pasada por la explotación del carbón de piedra en los enormes yacimientos vecinos, de modo que llega a ser uno de los mayores emporios del país, y hacia la primera década del siglo XX su población se ha elevado a 80,000 habitantes. Mientras tanto la raza ha aprendido a batallar en la lóbrega noche de la mina, a arrostrar la perfidia del grisú y de los derrumbes, a conquistar el alimento de las máquinas en las tétricas catacumbas de los socavones. ¡Heroísmo mudo al que no incitan las dianas vibradoras ni los horizontes abiertos a la sorpresa y la aventura, sino la titánica porfía del hombre, empeñado en dominar la naturaleza y ponerla a su servicio!

Involuntariamente hemos trazado uno a modo de imponente escenario como para las tragedias de Esquilo, en que los personajes son por lo menos héroes de la estatura de aquel que robó del fuego celeste la chispa que dió origen a la inteligencia de los mortales.

Pero, decidme, señoras y señores ¿no se merece este cuadro la fuerza aparentemente desproporcionada y superior al ambiente—que ha erigido en Concepción esa Ciudad Universitaria la primera por su estilo en el país y acaso en la América Española? Dentro de la Universidad muchos han sido creadores; los más continuadores de lo que ya estaba en marcha. Y como pertenezco a esta última categoría, no se me exija en un día de fiesta, de delirio espiritual, la circunspección de la modestia. Hablo de la Universidad con el orgullo con que el hijo puede hablar de la familia insigne, y es precisamente el orgullo de la personalidad propia el que va creando los medios de expresión de los grandes siglos: las Ciencias, las Artes y las Letras. Y perdonadme además si os confieso que no sé hablar sino con fuego de las cosas que con fuego están hechas. Merezca también vuestra indulgencia si a la inversa del psicoanalista que extrae del fondo obscuro del inconsciente el monstruo reprimido con la mira de aliviar a la conciencia de su funesto dinamismo, no haya levantado de la profunda entraña de la historia este espíritu de la tierra, este demonio telúrico para imponer como en el apólogo de Rodó, la tiranía de la planta exhaustiva de su pie, su actitud premiosa y exi-

gente hasta la desesperación, sobre nuestras voluntades de mantenedores y continuadores de una obra por tantos conceptos portentosa.

Tal es, pues, el escenario y tal el ambiente en que un día de marzo de 1917, se resuelve en un cabildo abierto echar las bases de esta Universidad y trabajar a la vez por el logro de un Hospital Clínico que complementara su futura Escuela de Medicina y al mismo tiempo satisficiera el correlativo orden de necesidades de la región entera. Para tamaña empresa no se contaba con dinero sino con un haz de ardientes voluntades; faltaban los recursos, pero sobraba el entusiasmo. Aquella idea flotaba en la atmósfera de la ciudad y pocos días antes don Enrique Molina, entonces Rector del Liceo, se la había propuesto al Presidente de la República, don Juan Luis Sanfuentes, quien convino en la necesidad de esta fundación. Desde el viejo Seminario, pasando por el Liceo, donde miles de estudiantes engendran cada año una plúrima esperanza de savia cultural, que ha madurado en frutos opímos y por el curso de Leyes que daba tono y renombre a este instituto, hasta la incalculable labor educadora irradiada por su prensa, y de especial manera por el diario «El Sur», las circunstancias habían ido creando en Concepción un clima de meditación y estudio y un núcleo de intelectuales y profesionales que nunca dejaron de sentirse solidarios con la ilustre tradición antes evocada. Consecuencia de la riqueza agrícola y minera, había sido la urbanización de

la ciudad, sus modernos edificios, sus industrias, su teatro que repetía los grandes espectáculos de Santiago y Valparaíso, los frecuentes viajes a Europa de la gente acaudalada que le mantenían el rango y la inquietud por las manifestaciones del pensamiento y del arte.

Aquel cabildo delegó sus poderes en un Comité que presidió don Enrique Molina, y tanto en éste como en aquél se contó al principio con el apoyo del Gobierno, amable ilusión nunca realizada. «El Comité—ha dicho don Enrique Molina—se cansó de esperar y en un gesto de audacia y de fe, resolvió sin más ni más abrir la Universidad a principios de 1919». Es esta fecha la que hoy conmemoramos; el vigésimo tercer aniversario de la Institución. Acaecen ahora las peripecias entre conmovedoras y pintorescas de esta aventura de Nuestro Señor Don Quijote, relatadas asimismo en memorable ocasión por el Presidente de la Universidad: una silla de barbería jubilada de su inherente servicio en el Club Concepción erigida en sillón operatorio para la clientela de la Escuela Dental, que funcionaba en dos salas destartadas de una vieja casona; el anafe, que sigilosamente lleva de su casa dentro del bolsillo el profesor de Química a modo de hogar de sus experimentos conducidos en tubos de drogas ya disipados; y junto a la indigencia material que privó hasta ocho meses de sus honorarios a los pocos rentados, la sorna de la incomprensión, la mueca de desaliento que suelen hacer los cómodos, la soberbia

cerrazón centralista de la capital, la aleve dentellada del pequeño provinciano que ve con ojos iracundos la ascensión del vecino con quien se trata a diario y con quien se gasta demasiada familiaridad para creer en su grandeza. Y la pesadumbre que oprime el corazón cuando se coloca en nuestras manos el porvenir de una juventud confiada en promesas que acaso nunca se plasmarán en realidades, ¡Cuántas veces en la fatiga de la jornada se surcó sombría la frente, y se pudo repetir, cargando de su augusto acento épico el rudo verso de primitiva belleza con que el juglar comenta en el más arcaico de los poemas de la lengua, el ánimo del campeador al comenzar la brega «Sospiró Myo Cid ca mucho avié grandes cuidados». ¿Necesitaré nombrar a este campeador nuestro que está en todos los corazones como una sinfonía victoriosa; que ha echado sobre la obra de su creación el velo fulgurante de sus áureas meditaciones como para sustraerla a toda impureza y singularizarla egregiamente entre sus semejantes de la América Española; que preside nuestra institución desde el solio con que la Filosofía se pone en las épocas de oro de las culturas a regir arrogantemente las demás disciplinas del saber; que con su afirmación apasionada de la vida y sus valores, nos envuelve en un ancho gesto amparador; que cuando se habla de la Universidad de Concepción, se adivina en cada uno de sus aspectos más variados, como tras los múltiples efectos de la luz en nuestro planeta, se presume el fuego paterno del sol?

Y al lado del campeador, sus lugartenientes beneméritos; los fundadores, los miembros de los primeros directorios y aquella legión de profesores que abnegadamente, sin la más remota esperanza de recompensa lucrativa dedicaron a la obra incipiente sus desvelos y energías mejores; allí están ellos al frente de sus cátedras: excelsos paradigmas de moral, fuentes de austera inspiración donde beber cada día, altos ejemplos del espíritu de sacrificio que animó el nacimiento de nuestra Universidad.

Pero pronto hubo como la sonrisa de una insinuación de aurora sobre las tímidas germinaciones: el brillante resultado de los primeros exámenes rendidos ante las comisiones que para recibirlos envió la Universidad de Chile. ¡Diuturno laurel de perenne verdor que mantuvo la esperanza y alegría! Tengamos para esos maestros y esos alumnos un recuerdo largamente sostenido.

No prosperaban, sin embargo, los arbitrios financieros; por el contrario, subía a punto la responsabilidad frente a una empresa desvalida de rentas cuyo prestigio le daba mayor volumen. Y la preocupación se volvió angustia; hasta que un día el Directorio de la Universidad nombró una comisión de subsidios que tras largo discurrir y aguijonear la imaginación, ideó unas «donaciones con sorteo», que vinieron a constituir la fuente de la actual Lotería de Concepción, donde inserta hoy el Instituto Universitario sus mayores raíces económicas. Surtió el remedio evidente eficacia,

mas no sin producir nuevos quebrantos de otro orden. Como las operaciones soslayaban sutilmente las leyes en vigor, se llegó hasta vaticinar el encarcelamiento del Directorio en masa, y así se continuó la jornada hasta obtener, tras renovadas contrariedades la legalización de la Lotería tal como hoy existe. La parte que a su Gerente le ha correspondido se releva con vigorosos lineamientos de carácter, de recio espíritu batallador, de honradez a toda prueba y una impresionante consagración al trabajo. Sea esta tribuna circunstancia y caso de rendir homenaje a sus actuaciones inteligentes y pulcras en las que acaba de cumplir veinte años. Fruto siempre codiciado por Santiago, la Lotería ha llegado a ser en ocasiones motivos de inquietudes y oportunidad para advertir cómo la ciudad y la región montan celosamente guardia en torno a una creación que les pertenece y que no se dejarán arrebatarse jamás. Bien saben lo que la Universidad les significa espiritual y materialmente: el florecimiento de Concepción postrado después de declinar el auge del carbón de piedra, que fué su mayor siqueza en las postrimerías del siglo XIX y en los albores del XX; la vida misma de más de trescientas familias que vinculan mediante alguno de sus miembros por lo menos, su relativo bienestar con la labor que éstos realizan en la institución; el perfeccionamiento de sus profesionales; el trabajo de cientos de obreros; el prestigio cultural de Concepción y su embellecimiento urbano y arquitectónico; y la alegría, en fin, de legitimar con una

realidad estupenda en orgullo cifrado en una tradición local rica en caracteres y trascendentales iniciativas.

Señoras y señores,

hace 23 años se fundó la Universidad de Concepción en las precarias condiciones que habéis oído, y de lo que se ha hecho en tan corto lapso dan elocuente testimonio, las realidades que me permitiré diseñar a grandes rasgos, sin la pretensión ni el propósito de circunscribir toda la obra creada.

En el sector de la Toma, en lo que antes fuera un pantano se alza la ciudad universitaria circuida de colinas y pinares; allí el edificio de la Escuela de Leyes, el de la Escuela de Educación, el de Farmacia, el de Ingeniería Química Industrial, el de la Escuela Dental, y los pabellones de Anatomía y Biología General de la Escuela de Medicina, separados unos de otros por prados, callejas y jardines que ornán bellas estatuas y a la vez artísticamente enlazados por el estilo y la disposición de su arquitectura según el concepto de «la unidad dentro de la variedad» con que el neo-platonismo definió la belleza, de tal modo que producen la impresión de que desde cualquier punto del dintorno de la ciudad se estuviera mirando de frente el conjunto de las construcciones: admirable efecto logrado gracias a la fina sensibilidad estética y densa cultura del urbanista austriaco Brunner que trazó el plano de esa distribución. Allí se fabrica también actualmente la Casa del Deporte y un soberbio Campanil de 42.50 metros de altura, que a más de ser un

mirador gigantesco pregonará armoniosamente a toda la ciudad de Concepción el paso de las horas como invitándola a llenarlas con un progreso espiritual o material, con una carga enérgica la voluntad digna del ímpetu creador que allí ha movido la materia y el espíritu y que no aspira a detenerse en lo hecho sino a emularlo y superarlo. En alas de la Música, y más próximas a la amplitud del cielo, podrán las almas mejores saturarse de la poesía circundante e imprimir sus afanes el pausado ritmo con que Goethe soñaba: «Como las estrellas; sin prisa, pero sin descanso». Así van ellas por el espacio en morosas marchas: enjambre de ígneas abejas, de escintilante profusión e inaudible rumor pitagórico, que labran la miel de nuestro sueño más absorto e ingrávido en el ulmo colosal de la media noche y súbitamente y por manera incomprensible nos punzan con escalofríos luminosos; y vuelven sin parar, tan elegantes en sus giros que apenas acusan la energía con que se mueven en ingentes trayectorias. Así también irán las horas que nuestra ciudad universitaria, penetradas de la vasta armonía del cosmos, despertando en serena regulación meditativa al Dios dormido que cada uno lleva en lo íntimo y coronando cada pensamiento puro y cada noble propósito con el halo radiante de un invariable sentido de perfección.

Y volviendo a la otra realidad, que no la realidad poética, sino la práctica y utilitaria, debo recordaros que el plano de Brunner consulta en ese circuito muchas otras construcciones, de las cuales las que nom-

braré en seguida forman parte del plan de labor de edificación ya acordado por el Honorable Directorio de la Universidad para un futuro más o menos próximo; un nuevo pabellón de la Escuela Ingeniería Química, los edificios que faltan para completar la Escuela de Medicina y la Casa de los Estudiantes.

No ignoraréis que además de la ciudad universitaria la institución es dueña del edificio de las oficinas de la Administración, del que ocupaba antes la Escuela de Farmacia y de la casa en que funciona el Instituto de Fisiología.

En el orden de las actividades docentes, encáuzase la vida de la Universidad en sus seis Facultades, de las cuales dependen las correspondientes escuelas: Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, de Medicina, de Farmacia, de Ciencias Físicas y Matemáticas, de Odontología y de Filosofía y Educación. Las escuelas subordinadas a estas Facultades trabajan con todos los cursos que conducen a la carrera respectiva, con excepción de la Escuela de Medicina, que hasta ahora cuenta sólo con cuatro años de estudios. La Escuela de Ingeniería Química Industrial, una de las más antiguas, es única en su género en el país. A la Escuela de Educación, que forma profesores de Inglés, Francés y Castellano se ha agregado un Curso Normal con un plan de dos años, por donde nuestra casa de estudios colabora eficazmente con el Estado en la preparación de los futuros profesores primarios. A objeto de aplacar nuestros ansias de llenar una necesidad

manifiesta de la zona, se ha instituído un Departamento Agrícola, cuya utilidad es superfluo encarecer, mientras los recursos económicos, ya harto exiguos para mover el vasto mecanismo de la que existe, permitan la anhelada creación de una Facultad de Agronomía. No es menos importante la función que cumple la Biblioteca Central, cuya acabada organización merece los elogios entusiásticos de cuantos la visitan y consultan. La Extensión cultural se ejercita por medio de frecuentes conferencias y charlas, que han estado a cargo de reputados escritores y hombres de ciencia, y a través de revistas y publicaciones entre las que se destacan «Atenea», de dilatado renombre continental y «La Revista de Derecho», de docta factura y valioso contenido. No desconocéis que la investigación en las ciencias de la naturaleza exige copiosos recursos pecuniarios, por lo cual constituye en muchas Universidades una ideal aspiración todavía no cumplida. Núcleo del supremo concepto de la Universidad en los días que corren, nuestro Instituto le ha dado la importancia que merece no obstante su deprimido peculio, que la obliga a gastar con vigilante parsimonia; y al efecto ha traído del extranjero brillantes y sabios profesores que enriquecen el prestigio de nuestras Facultades, o ha contratado catedráticos nacionales que trabajan con ahinco en la magna obra universal de arrancar a la naturaleza sus secretos. Dentro de esta alta política universitaria se han concebido y llevado a término nuestros Institutos de Fisiología, de Biología

General, de Anatomía Patológica, de Histología, de Bacteriología y de Botánica; y los laboratorios de Química Analítica y Bromatología, de Química Orgánica y de Física. La Universidad ha coadyuvado a la publicación de una respetable literatura pedagógica o científica: de excelentes memorias de profesores y alumnos, separados de discursos, conferencias o artículos que han visto la luz en «Atenea» y admirables textos de estudios escritos por nuestros catedráticos.

Hemos bosquejado rápidamente los contornos de la labor efectuada hasta ahora deteniéndonos apenas en sus múltiples proyecciones locales y nacionales. ¿Habríamos de recordar todavía que el disminuído ritmo de progreso en los últimos tiempos y la imposibilidad de dar satisfacción a muchos legítimos anhelos se explica con el hecho de que el presupuesto de la Universidad fué calculado y fijado dentro de cuotas invariables de la Lotería que las leyes señalan, hace más de diez años, cuando la moneda nacional valía seis peniques?

Queda mucho por hacer, por rectificar, por pulir, por intensificar: que una Universidad es la obra de siglos y generaciones; y la nuestra apenas si ha transpuesto la edad imprevisora y confiada de las mozas y los efebos.

Señoras y señores, pide una tradición que en la fiesta de hoy se otorgue el premio Universidad con que se distingue todos los años a los alumnos más so-

bresalientes que han terminado sus estudios en las diversas Facultades; el premio «Tomás Olivieri» que se discierne al estudiante más aventajado en la cátedra de Clínica Médica que profesa el Dr. Guillermo Grant Benavente; y el premio «Lucas Sierra» instituido para el mejor estudiante de Cirujía por un ex alumno de la Escuela de Medicina, actualmente médico de esta ciudad que ha querido mantener en reserva su nombre.

Sobrado galardón es ya la satisfacción del deber cumplido, y placer indiscernible el que proporciona la frecuentación de los libros y que ha arrancado de la pluma centslleante de Ortega y Gasset este pensamiento primoroso: «La lectura es un virtual aumento y dilatación que ofrecemos a nuestras germinaciones interiores: merced a ella conseguimos realizar lo que sólo como posibilidad latía en nosotros». Duplican tanta dicha estudiantes, que van a la cabeza de sus clases por excepcional fisonomía de aplicación y aprovechamiento.

Mas en verdad nos hemos acostumbrado a ver en esta ceremonia no sólo una recompensa al mérito, sino por sobre todo un símbolo vivo de la íntima solidaridad con que profesores y alumnos marchamos luchando a través de los lustros por el sueño ya milenario de una humanidad mejor, que no otra ha sido la aspiración de las Universidades de todos los tiempos y latitudes. Universalidad de conocimientos para el perfeccionamiento y comprensión del hombre universal, deberíamos explicar así la etimología del vocablo. Del

hombre, sin distinción de razas, sexos, edades ni condiciones. Del hombre, como lo entendió Plauto: «Hombre soy y nada humano me es indiferente»; del hombre como Sócrates lo preconizaba al proclamarse «ciudadano del mundo»; del hombre, sujeto de los «derechos del hombre», por los que se desbordó la sangre generosa de la Revolución Francesa, inagotable vino de nuestro cáliz perenne. Cosa es sabida que el hombre vive una naturaleza contradictoria; la antigüedad divinizó ese dualismo en Ormuz y Arimán; Jehová y Satanás; y en la edad moderna Dostoiewsky gime patéticamente en «los hermanos Karamazov»: «Desde el principio luchan el bien y el mal y su campo de batalla es el corazón del hombre». Sorprende hasta la estupefacción que al lado del Caín eterno, la especie haya encontrado también su eterno Abel en aquella voz, quinta esencia de castos jardines espirituales, que proclamó hace veinte siglos: «Cuando hayas dado a tu prójimo tus vestidos y tus bienes y tu hacienda, todavía no le has dado nada sino lo has hecho con amor». Imposible violentar más nuestra miserable condición egoísta; y a este llamado sublime sólo puede responder totalmente la carne eucarística de los santos purpurada con la sangre de los místicos martirios.

Pero este drama terrible es la entraña de la vida misma: «el sentimiento trágico de la vida» que decía Unamuno y que está en el fondo de la pasión amorosa engendradora de la existencia. Ya Heráclito había advertido: «todas las cosas del mundo están hechas a

manera de batalla», batalla que es en último término el conflicto entre el mal y el bien, la sombra y la luz. Sin embargo, la naturaleza, diferenciadora por excelencia, al mismo tiempo que extrema esta oposición, establece una infinita opulencia de matices, imperceptible a veces para los ojos vulgares, los mezcla y los aparta otra vez, formada ya la nueva síntesis, va creando entre esta multiplicidad germinante tipos que se acercan al soñado esquema de un carácter, y pone aquí y allá, en proporciones desiguales, un destello del espíritu. Así cada cual tiene su función y su acorde propio dentro de la armonía universal.

¿Quién dirá el número de esos tipos y su significación profunda, obscuro piélago de superficie tímidamente iluminada por nuestro conocimiento, inmenso arcano donde los ciclos históricos venideros calmarán su ansia de saber y encontrarán el anverso y el reverso de los caracteres humanos para ofrecerles a nuestra tolerancia si no a nuestro amor, bajo la égida de la Justicia, «admirable justicia de las armas sin piedad», como canta Paul Valéry refiriéndose al Sol del Mediodía y aludiendo a la luz meridiana de la Verdad? Nos declaran los juristas que la ley es la razón escrita. Sí, con la salvedad de que la razón evoluciona como todas las cosas vivas, crece y se perfecciona, tiñéndose en cada etapa con los colores recién revelados de las últimas conclusiones de las ciencias. ¿No escribió Erasmo de Rotterdam—como buscando hacer estallar los conceptos de su tiempo—aquel «Elogio de

la Locura» con que contraviene el criterio cavernario que ordenaba en la Edad Media torturar a los dementes, a quienes se postulaba poseídos del demonio?

Pero sobre el laberinto de nuestras ideas, vagamente paralelo a la inagotable pluralidad del universo, pone Ormuz, luminoso principio, su imperativo apremiante, su conciencia vencedora de que él crea los mundos y se los arrebatara a la noche. Las Universidades vienen tejiendo, a través de las Edades, el velo imponderable de la luz en los telares sutiles de la Filosofía, las Ciencias y las Artes. Las Ciencias revelan la gama prodigiosamente rica de la Creación; la Filosofía la interpreta para la comprensión simpática y benevolente del hombre por el hombre; y el arte la expresa con el conmovedor acento de sus formas deslumbrantes. Bien analizadas estas tres formas de la actividad pensante no son más que una sola disciplina de amor a la humanidad. «Yo no sé más que una exigua disciplina de amor», declaraba el maestro de la Academia. Y por eso repetimos lo dicho en otra parte, que Jesucristo y la Ciencia van tomados de la mano. Sea nos leales hasta la muerte con esta labor escogida y delicadísima que nos ha tocado en suerte, como a los filósofos de la República de Platón.

Aquél sollozante escritor ruso que tenía la inmensidad proteiforme del océano y el genio del psicólogo intuitivo, se da cuenta a cada paso de que las cosas del espíritu en su aparente brevedad están dotadas de una energía potencial superior a la que la Física de

hogaño señala como prisionera en la minúscula corporización del átomo, y así el Príncipe Idiota, en la novela que lleva este nombre, delicado príncipe de extraordinaria sensibilidad e inteligencia, exclama al ver por primera vez el retrato de Nastasia Filipowna. «¡Qué ojos más bellos! En los ojos de esta mujer hay una energía capaz de transformar el mundo». No otro concepto expresa esencialmente el evangélico Rabin-dranath Tagore, cuando confiesa en medio de la carnicería del año catorce: «Creo que la Naturaleza se expresa con mayor fuerza en una florecilla que en un cañón Maxim». ¿No ha dicho también don Enrique Molina, en ese maravilloso discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile: «Yendo más allá, a la perduración de lo espiritual que presta sentido a la vida, me atrevería a darle una dimensión cósmica. Los hombres de ciencia podrán calcular cuando nuestro Sol, otrora Dios de muchos pueblos, no pasará de ser una escoria pálida, cuando nuestra pobre Tierra será un grano de polvo frío, cementerio helado en el espacio; pero no podrán decir nada jamás sobre un fin del espíritu, sobre si éste, tras la remota extinción de la vida en nuestro planeta no surgirá en otros mundos, donde encuentre los cuerpos vivos y las condiciones materiales que son necesarias para su florecimiento. Y así seguirá la aparición del espíritu, que no es otra, quizás la existencia misma de Dios».

Concéntrense, pues, en la apasionante tarea de revelar y hacer triunfar esta manifestación diamantina y su-

prema de la energía cósmica los portentosos caudales de vigor que la raza ha ostentado en las bélicas contiendas. Caiga sobre otros la responsabilidad de las guerras fratricidas; que la nuestra es una responsabilidad de amor; y para mantener sin sombra de vacilación nuestra confianza en el porvenir, pensemos que la historia abarca apenas una breve mañana en el proceso del perfeccionamiento humano, donde las edades son como días de un tiempo de magnitudes geológicas; y por eso frescas están aún del rocío del alba las palabras del Maestro de los siglos:

«Amaos los unos a los otros».